



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO FINAL DE GRADO

***“Vínculo temprano madre-bebé en
madres adolescentes”***

Melisa Curiel Frydlender

C.I. 4720399-2

Tutora: Mag. Lic. Elika Capnikas

Montevideo, Julio de 2018

Índice	Página
RESUMEN	3
INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO PRIMERO: VÍNCULO TEMPRANO MADRE-BEBÉ	5
1. Primeras interacciones madre-bebé.....	5
2. Fases en el desarrollo del bebé.....	7
2. 1. Los inicios: Desamparo inicial, dependencia absoluta.....	7
2.1.1. <i>Ilusión-desilusión</i>	9
2. 2. Transitando hacia una fase de dependencia relativa.....	10
2. 2. 1. Estadio del espejo.....	10
2. 2. 2. Función narcisista de la madre: “His majesty the baby”.....	11
2. 3. Etapa de Independencia.....	12
3. Estado general de la madre frente al bebé.....	13
CAPÍTULO SEGUNDO: LA ADOLESCENCIA	13
1. Antecedentes y formas de definirla.....	14
2. El lugar del cuerpo.....	16
3. El protagonismo de los pares.....	17
4. Papel del espejo en la adolescencia.....	18
5. El adolescente y sus padres.....	20
6. Puesta en acto adolescente.....	20
CAPÍTULO TERCERO: VÍNCULO MADRE-BEBÉ EN ETAPA ADOLESCENTE	22
1. Embarazo y maternidad en la adolescencia.....	23
2. La madre adolescente y el vínculo con su madre.....	25
3. Influencia del contexto socio-económico.....	27
4. El conflicto en la maternidad adolescente.....	30
5. Los hijos de madres adolescentes.....	32
5.1. Relaciones de Apego y persistencia transgeneracional.....	33
CONSIDERACIONES FINALES	38
REFERENCIAS	39

Imagen de Portada: “*Defined*”, Katie. M. Berggen, (s/f).

Vancouver, WA. Estados Unidos.

Recuperado de <https://www.pinterest.com/pin/237846424043280878/>

RESUMEN

El siguiente trabajo monográfico tiene por objetivo responder a la pregunta de cómo se desarrolla el vínculo temprano madre-bebé en madres adolescentes. Se aborda principalmente desde la perspectiva psicoanalítica, involucrando autores e investigaciones con dicha formación teórica. Para ello, en un primer capítulo se despliega un análisis conceptual acerca del rol materno en general, donde se destaca el proceso evolutivo que transita un bebé, revelando así la ineludible importancia del vínculo a la hora de la estructuración del psiquismo. En este sentido, se certifica la importancia del “otro” como figura clave en las primeras interacciones humanas. Posteriormente, en un segundo capítulo se destacan diferentes aportes acerca de la etapa adolescente, siendo que ésta se caracteriza por grandes vicisitudes y cambios constantes e involucra conflictos y crisis difíciles de resolver. Por tanto, no deja de ser fundamental en la progresiva construcción identitaria. En última instancia, el trabajo reúne ambos recorridos, ampliando los conocimientos acerca de las coyunturas dadas en el embarazo y maternidad adolescentes, las distintas realidades que viven éstas jóvenes según el contexto socio-económico, el vínculo con sus figuras de referencia así como los conflictos que ellas atraviesan, para finalmente reflexionar sobre la posibilidad (o no) de que una adolescente, que está transitando una etapa significativa de la vida, esté disponible para asumir la maternidad, y en específico, el vínculo con su bebé.

Palabras clave: adolescencia, maternidad-adolescente, vínculo temprano.

INTRODUCCIÓN

La siguiente monografía se enmarca en el Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República. La misma tiene por objetivo analizar bibliográficamente la literatura existente acerca de los vínculos madre-bebé, específicamente centrándose en madres adolescentes.

La maternidad es considerada un momento único y especial en la vida, no solo para la madre sino también para quien está bajo su cargo, el bebé.

En los primeros tiempos del encuentro madre - bebé se construye un sistema de a dos, dual; apuntalado en los cuidados corporales y la atención a las necesidades fisiológicas del niño, son también esenciales la voz y la mirada de la madre en el intercambio sensorial y afectivo del bebé. (Ulriksen de Viñar, 2005, p. 6)

Con el paso del tiempo y la progresiva constitución del aparato psíquico del pequeño, la madre tendrá que irse desprendiendo lentamente de ese vínculo dual y fusional con su hijo, para que éste pueda establecerse como ser autónomo e independiente.

Esta situación se dificulta cuando la madre no se encuentra preparada, por diferentes motivos, para llevar adelante ese rol, pudiendo obstaculizarse en ciertos casos, el proceso de desarrollo del bebé. Uno de los posibles escenarios es el de las madres adolescentes, quienes pueden no estar disponibles para asumir la maternidad por estar transitando ellas mismas una etapa tormentosa de la vida.

Siendo la adolescencia un momento dramático, donde abundan las crisis y los duelos de ídoles variadas –desde el abandono del cuerpo infantil y el encuentro frente a un cuerpo desconocido y cambiante, así como el especial protagonismo que ocupa el grupo de pares unido a la necesidad de independizarse de las figuras parentales para una mayor autonomía personal– se genera en este período una importante transformación identitaria.

Kancyper (2004), tomando las ideas de F. Dolto, explica que la adolescencia es “un movimiento pleno de fuerza, de promesas de vida, de expansión, y que no hay adolescentes sin problemas, sin sufrimientos; este es quizás el período más doloroso de la vida. Es simultáneamente el período de las alegrías más intensas” (p. 93).

Entonces, cuando la adolescencia se entrecruza con la maternidad, suceden movimientos significativos, sobre los cuales esta monografía se detiene para analizar, inquirir y reflexionar. En este sentido, se parte de la pregunta de si es posible que una adolescente, que está transitando un momento dramático y complejo, pueda estar

afectivamente disponible para encargarse del cuidado y la crianza de un hijo; y continuando en esta línea, se cuestiona acerca de qué sucede con la conformación psíquica de estos pequeños.

Asumiendo que se decide llevar adelante el nacimiento del niño, el trabajo se pregunta cómo será entonces el vínculo de una madre adolescente con su bebé. Para ello se aborda la importancia del vínculo madre-bebé referido en el primer capítulo, seguido del análisis del período de la adolescencia como etapa inédita de la vida en un segundo capítulo, conectando ya para el final del trabajo, ambos momentos especiales e intentando responder a las preguntas que se presentan a la hora de pensar qué es lo que ocurre cuando éstas etapas se yuxtaponen la una a la otra.

CAPÍTULO PRIMERO: VÍNCULO TEMPRANO MADRE-BEBÉ

“El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y satisfacción sexuales (...) y tanto más por el hecho de que esa persona -por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho (...). Ahora bien: si la madre conociera mejor la gran importancia que tienen las pulsiones para la vida anímica, para todos los logros éticos y psíquicos, se ahorraría los autorreproches incluso después de ese esclarecimiento”
Freud, 1905

1. Primeras interacciones madre-bebé

El ser humano es en primer lugar, un animal social, y sería imposible concebir la vida humana si los otros no existieran. La compañía y el cariño de los otros, son tan necesarios como la alimentación, por lo que se les considera como una necesidad básica. En gran medida, el éxito adaptativo del ser humano se le atribuye tanto a su capacidad para cooperar así como para mantener vínculos sociales por largos períodos de tiempo. El hecho de que el bebé nazca inmaduro, exige la presencia de adultos que puedan ocuparse de él y satisfagan sus necesidades (Delval, 2002).

Giorgi (1988) toma las ideas de Pichon Riviere para describir la psicogénesis del individuo como una continuidad genética y funcional en lo que respecta a la ontogénesis de las relaciones vinculares. Sostiene que el individuo debe entenderse como emergente de un proceso en continuo desarrollo, en el que cada nueva etapa es reestructuración de una anterior, que la supera y la transforma, pero a la vez se condiciona por ella. Partiendo de la vida intrauterina, explica que la modalidad de relación ya se establece en la interacción de dos organismos, la madre y el feto, pero aclarando que no necesariamente hay armonía en

el ciclo vital durante todo el embarazo. Por tanto, “este vínculo intrauterino, antecedente de la posterior relación madre-hijo, implica una interacción con modificaciones mutuas” (p. 50). Es en este escenario donde se determina lo que el autor llama “condiciones de producción del sujeto”, esto es el “juego de expectativas y deseos que se abre para esperar al bebe, pero que también se va cerrando en torno a él determinándolo, modelándolo, cifrando o descifrando sus necesidades, constituyéndolo como “sujeto emergente vincular-social”” (p. 51).

El estatuto del bebé como un ser vulnerable, dependiente y con “necesidades” es revisado por diferentes autores. Ulriksen de Viñar (2005) afirma que:

Por mucho tiempo, las condiciones de inmadurez biológica, de desamparo y dependencia del recién nacido, (...) se han incorporado a la valoración del niño, considerándolo propiedad del adulto que lo cuida, objeto de sus intereses, sus deseos y sus proyectos, en el supuesto de que “es por su bien” ya que “necesita” cuidados adecuados para su supervivencia. En esta postura, se ignora la capacidad creciente del niño de producir pensamiento propio, creativo, participativo (...). (pp. 2-3)

Por tanto, esta autora va a desarrollar la idea de niño como sujeto activo en los procesos de interacción con el medio social. Esto “sólo es posible cuando él puede interiorizar los aportes cognitivos y afectivos de los primeros vínculos, y afirmarse en ellos para transformar el desamparo inicial y la dependencia extrema en capacidad de separarse...” (p. 3).

Desamparo, indefensión y dependencia extrema, asignación de valor al primer otro que resuelve la “necesidad” o tensión interna y la angustia que le es intrínseca. Con estos elementos Freud construye el modelo de la Experiencia de la satisfacción, arché de un entre-dos fundador. (Viñar, 1988, pp. 2-3)

Retomando las exposiciones de Ulriksen de Viñar (2005), quien toma las ideas de Viñar, se explica entonces que “el niño nace en un estado de desamparo y dependencia absolutas”, por lo cual “no se hablará de niño sin incluir al otro de quien depende totalmente, representado en el comienzo por la madre” (p. 4).

La teoría del apego, trabajada por Bowlby y Ainsworth (citado en Altmann, 1998), investiga esta ligazón del niño con su madre. “El concepto de apego (attachment) surgió como la base de seguridad que brinda la madre desde la cual el niño puede explorar el mundo” (Altmann, 1998, p. 35). Hoffer (citado en Altmann, 1998), explica que el apego sería

un proceso de interacciones recíprocas de contacto físico frecuente y sostenido, y con un *timing* basado en los propios ritmos del bebé.

2. Fases en el desarrollo del bebé

Winnicott (1963/1979), por su parte, se encarga de examinar los cambios graduales que se suceden en el niño desde la dependencia hasta alcanzar la independencia, pero aclara que entre dichos estados, se encuentra un tercero; dirá así que se pasa de un primer estado de dependencia absoluta, a uno intermedio de dependencia relativa, para finalmente sí llegar a la independencia. No obstante, explica que la independencia “jamás es absoluta. El individuo sano no queda aislado, sino que se relaciona con el medio ambiente de tal forma que el individuo y el medio podrían clarificarse de independientes” (p. 100). Se expondrá brevemente aquí, cada uno de estos tres estados, incluyendo aportes de varios autores, a modo de introducción.

2. 1. Los inicios: Desamparo inicial, dependencia absoluta

En lo que a la dependencia absoluta se refiere, Winnicott (1963/1979) recalca que, en las primeras fases del desarrollo emocional, toda criatura “depende por completo de la provisión física aportada por la madre viva” (p. 101). Sostiene que la madre se constituye como medio ambiente facilitador para el bebé, quien necesita de su apoyo, dado que la misma experimenta durante el embarazo y las primeras semanas después del parto, un estado especial. Lo define como “preocupación maternal primaria”, siendo que la madre se entrega por completo al cuidado del niño. Pareciera, según Winnicott (1963/1979), que el niño pasa a formar parte de ella, del mismo modo en que ésta se encuentra muy identificada con él y sabe perfectamente cómo se siente. Para ello, la madre recurre a sus experiencias personales de cuando ella misma era bebé, estando así también en un estado de dependencia y vulnerabilidad.

En esta línea, el mismo autor expone el concepto del *self falso*, en oposición al *self verdadero*, del cual dice que se desarrolla en los comienzos de la relación madre-hijo. Aquí, el niño no se encuentra integrado ni llega a estarlo en plenitud, por lo que la cohesión de los diferentes elementos sensorio-motores es posible por la contención, literal, de la madre a la criatura. Aparece la noción de *madre suficientemente buena* y en el otro extremo la que *no es suficientemente buena*. “La madre suficientemente buena da satisfacción a la omnipotencia del infante, y en alguna medida también le da sentido” (p. 189), mientras que:

La madre que no es suficientemente buena no es capaz de instrumentar la omnipotencia del infante, (...) falla en dar satisfacción al gesto de la criatura. En lugar de ello, lo reemplaza por su propio gesto, que adquirirá sentido por la sumisión del infante. Esta sumisión (...) es la etapa más temprana del self falso, y corresponde a la ineptitud de la madre para sentir las necesidades de su bebé. (Winnicott, 1960/1993, p. 189)

Por tanto, si en lugar de desarrollarse un self verdadero, espontáneo, con capacidad de *ilusión* frente a la posibilidad de crear y controlar el mundo (omnipotentemente) como base para la formación de símbolo, aparece un self falso, el pequeño solo podrá construirse un juego de relaciones falsas, una ficción de la realidad, y no siendo más que una copia de su madre, o quien ocupe ese lugar (Winnicott, 1960/1993).

Otros autores hacen referencia a lo que sucede entre el bebé y la madre en esta primera fase. Ulriksen de Viñar (2005), expone dos paradojas frente a las ideas Winnicottianas. En primer lugar habla de la posición central que ocupa el recién nacido: “La madre es transformada y se transforma de sujeto en objeto. Ella renuncia a su autonomía para volverse aquello que el niño necesita. El *infans* que depende totalmente, se vuelve “*his majesty the baby*” (p. 4). Esto, según Ulriksen de Viñar (2005), lleva a la segunda paradoja: “la experiencia autorreferida del bebe de ser todo y lo único, desconociendo su dependencia absoluta” (p.4) y más adelante agrega que “estas vivencias de completud y perfección en las primeras relaciones al “pecho” sostendrían la experiencia alucinatoria de ser el creador del objeto, fantasía fundadora del narcisismo primario: “Yo soy el pecho, por lo tanto yo soy”” (pp. 4-5).

Bergés (citado en Ulriksen de Viñar, 2005), “destaca que en esa estrecha relación del cuerpo de la madre y el cuerpo del niño, la madre puede considerar a su hijo como una prolongación imaginaria de su cuerpo...” (p. 5). Por lo tanto, la discriminación Yo - no Yo, tú y yo, es un gran éxito en el desarrollo.

Por otro lado, Stern (1983), a raíz de observaciones filmadas de dicha interacción, busca comprender cómo, en los primeros seis meses de vida, el lactante va a emerger como un ser humano social. Propone llamar a esta breve etapa como “la primera fase de aprendizaje acerca de las cosas humanas”, en la que el bebé va a ir aprendiendo cómo invitar a su madre a jugar, dando así el inicio a una interacción con ella. Específicamente, en lo que se designa como <juego libre>, se constituyen en el bebé experiencias cruciales que le permitirán aprender a participar, posteriormente, en acontecimientos interhumanos. En este sentido, aclara Stern (1983), el lactante empieza a desarrollar esquemas, tanto del

rostro como de la voz y el tacto, que le permiten ir formando diferentes expresiones y señales de las emociones y el comportamiento humano, como convencionalismos y claves sociales “que son mutuamente efectivos en cuanto a iniciar, mantener, terminar y evitar interacciones con la madre...” (p. 20).

La mirada de la madre, no satura la relación con su presencia ya que, en el juego de desaparecer y reaparecer se da el despliegue de la temporalidad, los ritmos y la presencia del tercero. En esta primera fase “es la madre el objeto que aparece y desaparece; es en esta dialéctica de ausencia y presencia que surge la palabra, que re-presenta al objeto ausente, y festeja su reaparición” (Ulriksen de Viñar, 2005, p. 12).

2.1.1. Ilusión-desilusión

Winnicott (1971) introduce la idea de la *Ilusión-desilusión* en el proceso de desarrollo del niño, aclarando que, “si todo va bien”, el bebé podrá terminar sacando provecho de la experiencia de frustración. Acerca de la *ilusión*, expone que al comienzo “la madre ofrece al bebé la oportunidad de crearse la ilusión de que su pecho es parte de él” (p. 28). Posteriormente, contemplando la noción de *desilusión*, señala que la tarea de la madre va a consistir en desilusionar gradualmente al bebé (preparándolo para el ulterior destete), pero que sólo lo podrá lograr si previamente le ofreció suficientes oportunidades de ilusión.

Cuando ésta logra adaptarse de buena manera a las necesidades del bebé, pasa a producirse en él “la *ilusión* de que existe una realidad exterior que corresponde a su propia capacidad de crear (...); hay una superposición entre lo que la madre proporciona y lo que el bebé puede concebir al respecto” (p. 30). Finalmente Winnicott (1971) sintetiza diciendo que “el bebé se alimenta de un pecho que es parte de él, y la madre da leche a un bebé que forma parte de ella” (p. 30). El bebé, tiene entonces vinculación, de manera distinta, con dos tipos de objetos; uno externo que sería el pecho materno, y otro interno que sería el pecho mágicamente introyectado (Winnicott, 1971).

En ese sentido Winnicott (1971) habla de los objetos y fenómenos transicionales los cuales pertenecen al reino de la ilusión, constituyendo así la base de iniciación de la experiencia. Estos primeros momentos del desarrollo, son posibilitados por “la capacidad especial de la madre para adaptarse a las necesidades de su hijo, con lo cual le permite forjarse la ilusión de que lo que él cree existe en la realidad” (p. 32).

2. 2. Transitando hacia una fase de dependencia relativa

En un segundo momento, Winnicott (1963/1979) escribe sobre el estado de dependencia relativa, aclarando que “consiste en una fase de adaptación en la que ésta va disminuyendo poco a poco” (p. 104). Es una etapa en la que surge la capacidad de comprensión intelectual, en la que aparecen muchos procesos simples, como lo son los reflejos condicionados, dando lugar por ejemplo, a la capacidad de espera.

Para Winnicott (1963/1979), es en esta fase de dependencia relativa que la criatura toma conciencia poco a poco de su dependencia, dado que empieza a hacerse presente el sentimiento de angustia frente al momento en que su madre se aleja. Sostiene que la criatura empezará a comprender que la madre es necesaria. El autor ubica esta etapa entre los seis meses y los dos años, planteando que a partir de los dos años de edad, se empiezan a producir en el niño acontecimientos que lo preparan para enfrentar las pérdidas.

2. 2. 1. Estadio del espejo

En esta misma fase, ubicándonos alrededor de los seis meses, se da lo que muchos autores denominan como “estadio del espejo”. Por un lado, Ulriksen de Viñar (2005) explica que el niño encuentra en la mirada de la madre, una imagen que le va a permitir reconocer, a pesar de su prematuridad motriz, su propia unidad. Cuando el niño se mira en el espejo, vuelve la mirada hacia su madre, a quien toma como referencia, solicitando su reconocimiento. En este sentido, el yo psíquico se va constituyendo por esa imagen del otro. Laplanche y Pontalis (1981), tomando ideas de Lacan sobre la fase del espejo, al respecto explican lo siguiente:

Según J. Lacan, fase de la constitución del ser humano situada entre los 6 y los 18 primeros meses; el niño, todavía en un estado de impotencia e incoordinación motriz, anticipa imaginariamente la aprehensión y dominio de su unidad corporal. Esta unificación imaginaria se efectúa por identificación con la imagen del semejante como forma total; se ilustra y se actualiza por la experiencia concreta en que el niño percibe su propia imagen en el espejo. La fase del espejo constituiría la matriz y el esbozo de lo que será el yo. (pp. 146-147)

En relación a las ideas de Lacan, Casas de Pereda (2001) explica que cuando el niño se reconoce en el espejo, se configura un yo que es de entrada exteroceptivo, mientras que el Otro funciona como espejo. Aquí la anticipación está presente desde la fascinación por la imagen del otro, dándose así un claro investimento libidinal: “el niño vuelve su rostro hacia la mirada de la madre que lo mira mirarse en el espejo” (p. 3).

Tomando directamente ideas de la fuente Winnicottiana, cabe resaltar que durante las primeras etapas del desarrollo del niño, el ambiente (que todavía no fue separado del niño por este), es de vital importancia. De manera progresiva se irá produciendo la separación no-yo y yo, variando el ritmo según el niño y el ambiente. En este sentido, el autor afirma que “Los principales cambios se producen en la separación de la madre como rasgo ambiental percibido de manera objetiva. Si no hay una persona que sea la madre, la tarea de desarrollo del niño resulta infinitamente complicada” (Winnicott, 1971, p. 147).

2. 2. 2. Función narcisista de la madre: “His majesty the baby”

Resulta interesante traer aquí el concepto de Narcisismo expuesto por Freud (1914) como etapa temprana en el desarrollo de todo individuo. Lo designa como aquella conducta por la cual se deposita la libido -energía psíquica sexual- en el Yo. Este narcisismo, definido como primario, resultaría displacentero en determinado momento, por lo que pasa a ser necesario depositar la libido en “objetos” del mundo exterior, concibiéndose así a un “narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario que se edifica sobre la base del otro, primario...” (p.73), dándose así la llamada *elección de objeto*.

(...) reparamos primero en que el niño (y el adolescente) elige sus objetos sexuales tomándolos de sus vivencias de satisfacción. (...) Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y sólo más tarde se independizan de ellas; (...) ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto. (Freud, 1914, p. 84)

El nacimiento de un hijo revive el narcisismo de los padres bajo una actitud tierna de éstos hacia el pequeño. Sostiene Freud (1914) que “el conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres...” (p. 88). Parece que ellos quisieran que el niño no pierda el narcisismo al cual ellos han renunciado hace mucho tiempo, al decir que “el niño debe tener mejor suerte que sus padres” (p.88). De este modo, lo que sucede es que “la sobreestimulación (...) gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo. Así, prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones (...) y a encubrir y olvidar todos sus defectos” (pp. 87-88). Freud (1914), denomina *His Majesty the Baby* al lugar en que queda ubicado el bebé en esta fase, quien “Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres...” (p. 88).

2. 3. Etapa de Independencia

Ya hacia la fase de la independencia, “el niño se va viendo, poco a poco, capacitado para enfrentarse con el mundo y todas sus complejidades, ya que cada vez ve más y más cosas de las que ya se hallan en su propia personalidad” (Winnicott, 1963/1979, p. 109).

André (citado en Ulriksen de Viñar, 2005), explica que “la disponibilidad de la madre de soltar al bebé y permitirle que vaya ampliando su espacio de intercambio con el entorno humano, es esencial, desde los primeros momentos de vida del niño” (p. 6). De esta manera, y continuando con las formulaciones de André expuestas en el trabajo de Ulriksen de Viñar (2005), se retoma la noción Winnicottiana de “madre suficientemente buena”, que en inglés sería “good enough”: una madre buena pero que pone un “basta”, un límite necesario que permita el posterior desprendimiento y que no perpetúe el vínculo fusional.

La “madre” lo bastante buena (...) es la que lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades de este y que la disminuye poco a poco, según la creciente capacidad del niño para hacer frente al fracaso en materia de adaptación y para tolerar los resultados de la frustración. (Winnicott, 1971, p. 27)

Habiendo pasado unos pocos meses de esta fase, Stern (1983) afirma que el bebé logra establecer una “*permanencia de objeto*”, o dicho de otro modo, consigue establecer una fuerte representación de su madre, la cual lleva consigo estando presente, o no, su persona física. Ulriksen de Viñar (2005) explica lo anterior afirmando que:

(...) cuando la madre distribuye objetos, es decir responde a las demandas, la madre puede ser simbólica porque distribuye objetos simbólicos de los que el niño se apropia. Entonces puede ausentarse porque el niño puede colocar en su lugar la palabra y el juego, como formas de simbolización. (p. 12)

Winnicott (1958/1993), en relación a lo antedicho, trae el concepto de *capacidad de estar a solas* en presencia de la madre, como un logro en el proceso de maduración emocional del individuo. Lo que plantea este autor es una paradoja: “se trata de estar solo mientras alguien más está presente” (p. 38). Explica que con el paso del tiempo, y frente a un posible equilibrio interno conseguido por el *yo auxiliar de la madre*, la criatura logra prescindir de la presencia real de ésta, describiendo este fenómeno como “*madre introyectada*”. Empleando un lenguaje Kleiniano, Winnicott (1958/1993) afirma que la madurez y la *capacidad de estar a solas* “implican que el individuo ha tenido la oportunidad de establecer la creencia en un ambiente benigno, gracias a un quehacer materno lo

suficientemente bueno” (p. 40). Por lo tanto, agrega, “es importante que haya alguien disponible, alguien que esté presente, aunque sin exigir nada” (p. 43).

3. Estado general de la madre frente al bebé

Stern (1983), habla del lugar que ocupa el rol materno, afirmando que éste es esencial a la hora de la interacción con el bebé. La madre, se suministra de un repertorio de gestos, expresiones y vocalizaciones que hará con sus manos, su cara y su cuerpo, de modo muy natural y espontáneo y sin casi tomar conciencia cuando los está efectuando, pudiendo éstos ser considerados innatos. Al momento de la interacción con el lactante, la madre raramente utiliza toda la gama de expresiones que dispone, sino que va seleccionando de acuerdo a las respuestas del bebé. Las *expresiones faciales* siempre son exageradas en lo que a tiempo y espacio refiere, como lo son las expresiones de *sorpresa burlona* y las de *enfado* (Stern, 1983).

Guerra (2009) explica que “la madre retoma sobre su propio rostro, los gestos que realiza su bebe” (p. 92), imitando las expresiones faciales del pequeño, particularmente los esbozos de las mímicas que puedan sostener una emoción. Para ello, resalta la importancia de la *ritmicidad* en la interacción entre ambos, dado que ésta “se encuentra plagada de ritmos ya sea durante las interacciones placenteras como en los recursos que puede utilizar para calmar al bebe” (p. 93). Este autor sostiene que, desde el nacimiento, el bebé pondrá en juego diferentes flujos sensoriales y es todo un trabajo psíquico para la madre poder ayudar a integrar y articular la información que proviene desde las distintas perspectivas sensoriales.

Lo que importa, es el crédito que la madre le otorga al niño, ya que al hablarle por ejemplo de modo interrogativo, supone que él puede responder, supone que dispone de una capacidad de un potencial que su pregunta va a movilizar, confía y le adjudica contenidos mentales, pensamientos. (Ulriksen de Viñar, 2005, p. 9)

Por lo tanto, es fundamental la situación emocional y la disponibilidad frente al bebé, en que se encuentra esta madre.

CAPÍTULO SEGUNDO: LA ADOLESCENCIA

Al momento de hablar sobre la adolescencia, o más explícitamente sobre las adolescencias, nos situamos frente a una disyuntiva no tan simple de resolver, dado que no existe una única definición que dé cuenta de la complejidad que acarrea esta etapa del desarrollo humano. A modo de sistematización, se intentará dar cuenta aquí de algunas de

las tantas teorías expuestas por diferentes pensadores, investigadores y autores a lo largo de los años sobre qué es ser un adolescente hoy.

1. Antecedentes y formas de definirla

Vale comenzar con la definición de adolescencia descrita por la Organización Mundial de la Salud, donde se destaca que la misma es:

(...) el periodo de crecimiento y desarrollo humano que se produce después de la niñez y antes de la edad adulta, entre los 10 y los 19 años. Se trata de una de las etapas de transición más importantes en la vida del ser humano, que se caracteriza por un ritmo acelerado de crecimiento y de cambios, superado únicamente por el que experimentan los lactantes. Esta fase de crecimiento y desarrollo viene condicionada por diversos procesos biológicos. El comienzo de la pubertad marca el pasaje de la niñez a la adolescencia. (OMS, s/f.)

Por otro lado, se presentan aquí los aportes que se obtienen de una investigación realizada en nuestro país por López Gómez (coord.) (2015) denominada *Adolescentes y sexualidad. Investigación, acciones y política pública en Uruguay*, en donde se realiza un pequeño recuento histórico sobre el momento en que se instala la adolescencia como campo de estudio de la psicología evolutiva. Se sostiene que la misma se establece bajo el influjo del psicólogo norteamericano Stanley Hall, sobre principios del siglo XIX, quien afirmaba que la adolescencia era una edad dramática y tormentosa, produciéndose en ella “innumerables tensiones, con inestabilidad, entusiasmo y pasión, en la que la persona se encuentra dividida entre tendencias opuestas” (p. 16). Además, se la había descrito como una etapa de tránsito entre la infancia y la adultez.

Sin embargo, se explica a continuación que dicha construcción teórica fue superada con el pasar del tiempo, concibiendo hoy día a la adolescencia como una “categoría compleja, con identidad propia e importancia fundamental en el desarrollo de los sujetos” (p. 17), y se agrega que “no es posible definirla acabadamente, en tanto se construye dinámicamente en una sociedad determinada, en un momento histórico determinado, y más aún, en una comunidad determinada” (p. 17). Así como el tránsito por la adolescencia es considerado complejo y dinámico, también se sostiene que no es ni universal ni homogéneo. Ramos (2015) explica que las características de la adolescencia van a depender de un cúmulo de interacciones individuales y sociales, dando lugar así al término de “adolescencias”, el cual muestra la pluralidad y diversidad de este colectivo.

Por su parte, Nin (2006) presenta un acercamiento a la noción de adolescencia, en la que indica lo siguiente:

Entendemos la adolescencia como un período de la vida relativamente indefinido en su comienzo y finalización, como un tiempo de tránsito entre la infancia y la adultez, al cabo del cual emerge un nuevo psiquismo reformulado con nuevas inscripciones psíquicas que producen una reelaboración de las identificaciones infantiles, dando lugar a identificaciones adultas. (p. 216)

Es sin lugar a dudas, un momento crítico en la vida, en el que se anuda el narcisismo, con sus vergüenzas y fragilidades, con el resurgimiento de la conflictiva sexual, con toda una eclosión pulsional, con un cuerpo que cambia y se percibe como extraño.

En la adolescencia entonces, se reeditan conflictos tanto narcisistas como edípicos, así como situaciones no resueltas en la infancia. Desde el punto de vista narcisista, el adolescente tiene por delante la construcción y el afianzamiento de su identidad, acompañado de un largo trabajo de identificaciones y desidentificaciones. Desde el punto de vista edípico, se renuncia al deseo incestuoso infantil y se pasa a elaborar una salida exogámica, frente al encuentro de personas que no son sus padres. Esto viene acompañado del abandono hacia la imagen idealizada de los padres de la infancia.

Por lo tanto, esta etapa de la vida implica importantes transformaciones siendo además un proceso, como se explicó anteriormente, que se desarrollará de diferentes maneras según el lugar y el momento socio-histórico que vive cada adolescente. Ramos (2015), explica que “El proceso de autonomización, la elaboración de duelos, la búsqueda de ideales, el grupo de pares y los espacios propios de organización social y un nuevo ejercicio de la sexualidad, son características principales de esta etapa” (p. 18).

Tomando nociones teóricas de Viñar (2009), se puede afirmar que “la adolescencia es mucho más que una etapa cronológica de la vida y del desarrollo madurativo; es un trabajo de transformación o proceso de expansión y crecimiento, de germinación y creatividad...” (p.15). Por tanto, tiene mucho que ver con procesos personales, entre ellos enigmas y miedos difíciles de responder.

Dieguez (2013), por su parte, afirma que la adolescencia es sin duda un proceso cargado de conflictos. Coexiste el investimento “del nuevo cuerpo, de las relaciones sociales y de los objetos sociales y referentes nuevos” (p. 177) con el desinvestmento “de las figuras parentales, del cuerpo infantil, de los modos de satisfacción pulsional y las defensas precedentes” (p. 177). Esto, según la autora “implica un trabajo psíquico

sumamente complejo por parte del adolescente en el cual, el cuerpo juega un papel fundamental” (p. 177).

2. El lugar del cuerpo

El cuerpo fisiológico no queda en segundo plano. Viñar (2009), sostiene que éste pasa a ser piedra angular en el proceso adolescente. Explica que “los cambios hormonales pubertarios transforman también la relación del sujeto (niño) con su cuerpo. El cuerpo niño, hasta entonces sentido como familiar y armónico en la autopercepción, se vuelve en la adolescencia zona de enigma e interrogación” (p. 35). Por consiguiente, se da una puja entre querer ser autónomo y el sentirse esclavo de los imperativos corporales.

En este sentido, Viñar (2009) afirma que el cuerpo es espejo revelador de la autoestima, y que el ser lindo o feo, atractivo o rechazado, pasa a ser nudo crucial en la configuración de dicha autoestima, punto clave en la adolescencia, la cual se transita siempre entre lo grandioso y la humillación.

Al decir “cuerpo adolescente”, Scalozub (2007) se pregunta a qué tipo de cuerpo se está refiriendo, si es simplemente lo anatómico o se habla de algo más. En este sentido sostiene que se trata de otro cuerpo, “el vinculado a la sensorialidad, al placer, al dolor, a la sexualidad y a lo enigmático de su significado para el Psicoanálisis” (p. 337). La autora mencionada, afirma que el adolescente va a transitar un duelo por el cuerpo infantil para poder significar y apropiarse del cuerpo adolescente. Esto lo logrará mediante procesos de simbolización que le permitan ir habitando este nuevo y cambiante cuerpo.

Por otra parte, Aulagnier (citado en Scalozub, 2007) expone ideas acerca del cuerpo adolescente no solo como fuente de placer y posesión sino también como origen de sufrimiento, fuente de displacer y dolor y la contradicción entre el cuerpo pensado y el real. Maggi de Macedo & Rodríguez Rega (1990) al respecto explican que en la adolescencia, “el cuerpo cambiante sale al encuentro del espacio psíquico que aunque ha sufrido continuas transformaciones desde el nacimiento, en este momento, se encuentra en una encrucijada definitiva con respecto a su rol sexual: femenino-masculino” (p. 312). Hablan del comienzo de esta etapa en la madurez física sexual, donde se da una imprevista aceleración del crecimiento que conmociona todo el aparato psíquico.

En lo que al desarrollo corporal refiere, Garbarino (1990) plantea que el cuerpo en este período pasa a ser objeto de gran preocupación. “La adquisición de un nuevo órgano que son los senos y de una nueva función, como lo es la menstruación, acaparan el interés

de la muchacha” (p. 139). Agrega, que es de fundamental importancia este momento a nivel biológico ya que da cuenta que se trata una mujer, certificando así la identidad de su sexo.

El proceso de la actividad representativa (...) implica una re inscripción a partir de los cambios corporales ese nuevo cuerpo que le resulta extraño y para ello será necesario un nuevo trabajo de simbolización. A la inscripción inicial del cuerpo erógeno en el psiquismo se sumarán entonces nuevos trabajos de reinscripción a partir de un cuerpo capaz de procrear que tendrá importancia en la constitución del sentimiento de sí y de la intimidad. (Dieguez, 2013, p. 176)

Explica esta autora que la inscripción de este nuevo cuerpo adolescente aparecía en los talleres que realizaba con jóvenes de entre trece y veinte años de la ciudad de Buenos Aires, en distintas dimensiones: desde el cuerpo destruido por las drogas y el alcohol hasta el cuerpo en el inicio de la vida sexual compartida. En este sentido, plantea que al hablar de la adolescencia es clave incluir la radical reconfiguración narcisista que se da en este período. Trae así las concepciones freudianas de *Introducción al Narcisismo*, expuestas anteriormente en este trabajo. Habla del narcisismo para designar a aquellos sujetos que toman al propio cuerpo como objeto sexual. Esto es sostenido por Freud como parte regular de la evolución sexual de todo individuo. Por lo tanto, “el narcisismo no sería una perversión sino el complemento libidinoso del egoísmo, del instinto de conservación atribuido a todo ser vivo” (Dieguez, 2013, p. 176). En la adolescencia, el estado narcisista se reedita y nuevamente se dan ciertas localizaciones de la libido.

La búsqueda por constituir una identidad propia en esta etapa se apoya en soportes tales como los piercing, tatuajes, vestimentas, música, jergas etarias, que permiten el alejamiento y la diferenciación del mundo adulto y el reconocimiento entre contemporáneas que marca semejanzas y diferencias que funcionan como reafirmaciones narcisistas. (Dieguez, 2013, p.176)

3. El protagonismo de los pares

Retomando las ideas de Scalozub (2007), se puede sostener que en la adolescencia se destituyen los saberes de los adultos vinculados al adolescente, poniendo en duda lo que creían saber y revelándose a modo de buscar reaccionar frente al vacío que le promueven los cambios no solo corporales sino también los lazos familiares y amistosos.

Tienen lugar los duelos por todo lo que deja de ser como era, el cuerpo, los padres idealizados, los amigos que empiezan a cambiar su valor de amistad. El púber por

tanto se enfrenta a un acontecimiento, en tanto fenómeno inédito en su vida. (Scalozub, 2007, p. 380)

Viñar (2009) nos explica que la adolescencia es el momento del amigo confidente, la barra de los pares, las pandillas y tribus que regulan los comportamientos. Y especifica: “comportamientos miméticos con los pares y no con los padres, marcan las pautas: el diario íntimo o el confidente (...) la tribu de pertenencia toma una jerarquía inusitada mientras lo familiar, antes adyacente, se vuelve por momentos digno de rechazo y hasta repugnante” (p.27).

El sentimiento de masa, de multitud, es capital y los encuentros y desencuentros de esa etapa dejan marcas, a veces tóxicas y a veces saludables. Hay otros como yo, y yo soy uno entre los otros, pero también soy yo distinto de los otros. (Viñar, 2009, p. 30)

Frente a la angustia importante que le genera al adolescente la crisis de identidad que atraviesa, recurre a diferentes modalidades que le permitan transitar este duelo. Aparece así la importancia del vínculo con sus semejantes, quienes de una forma u otra, están en consonancia con el proceso vivido.

Cuando la crisis se agudiza, sus compañeros y pares le aportan al adolescente una respuesta tranquilizadora a su conflicto de identidad. Aunque se trate de una respuesta parcial, (...), al menos constituye una respuesta. Se produce así una fuerte atracción por lo idéntico que actúa contra la exigencia de diferenciación y puede eventualmente transformarse en fascinación, con una intolerancia o incapacidad para aceptar las diferencias. (Nin, 2006, p. 220)

Casas de Pereda (citado en Ponce de León, 2014), desarrolla diferentes aspectos acerca del proceso adolescente, sosteniendo el factor de vulnerabilidad como común denominador en esta etapa. Al respecto, Ponce de León (2014) expone que “Es una etapa donde se intenta una reubicación de hombre o mujer en lo social, la resignificación de las identificaciones, el recurso al grupo de pares para negar lo diferente u odiarlo al servicio de la discriminación” (p. 7) y más adelante agrega que “...se trata de apoderarse del otro parental y social, pero también de lograr la discriminación y el límite al saber del otro a través del odio y la agresividad” (p. 7).

4. Papel del espejo en la adolescencia

En párrafos anteriores se explicaba la importancia del estadio del espejo en la primera infancia. Resulta importante pausar aquí para traer nuevamente el concepto de

espejo, metafórica y literalmente hablando, dado que en este período resurge de modo ineludible. Se habla de un momento crucial en la vida psíquica, en la que “se produce una mutación de orden narcisista, donde las representaciones de sí corporales difieren dramáticamente de lo percibido en forma objetiva” (Nin, 2006, p. 218). Esto, lleva al adolescente a buscar un recurso que pueda dar respuesta a los tormentosos sentimientos que le genera. “Es allí donde aparece el juego del espejo, donde el adolescente intenta controlar el inexorable proceso de los cambios corporales que lo angustia y le genera una sensación de ser extranjero en relación a sí mismo” (Nin, 2006, p. 218).

Nin (2006), toma las ideas de F. Ladame y Winnicott para explicar el lugar que ocupa la percepción del cuerpo para los jóvenes adolescentes ya que adopta la forma de lo masculino y lo femenino. A su vez, afirma que éste será experimentado bajo la diferenciación yo y no-yo, siendo ahora más exterior al yo y por tanto, vivido como si no fuese territorio propio. Esto, lleva a que “La percepción en el espejo, necesita de una repetición una y otra vez de su propia imagen, ya que ésta no es reconocida” (p. 218).

En la pubertad, sostiene este autor, aparece la pregunta de ¿qué me está pasando?, la cual viene a ser reformulada en esta etapa adolescente bajo la expresión de ¿quién soy? Por ello, el espejo cumple un rol primordial, en donde son buscadas las respuestas.

Se destaca el tiempo intenso y extenso que dedica el adolescente a las actividades frente el espejo antes de sus salidas ya que la vestimenta no logra reflejar su ideal de sí. A su vez es indispensable la idea de mantenerse en homogeneidad con el grupo de pares. (Nin, 2006, p. 219)

Finalmente, este mismo autor termina exponiendo que, frente a las angustias que se generan en el adolescente y la búsqueda de respuestas en el espejo, éste “(...) luego se va a ir desplazando hacia otros sustitutos simbólicos del espejo, tales como el doble, ese alter ego – amigo íntimo – que no es él pero que identificación proyectiva mediante, es casi igual a él” (p. 219).

Viñar (2007) también resalta el rol que cumple el espejo en la etapa adolescente en relación a “un otro” en el que pueda “verse”. Lo que sostiene es que el espejo es fundamental si se logra reconocer su semiología. Dice que “Para un “*sixteen ager*” nada hay más importante que su diario íntimo o su amigo confidente y/o su pandilla de pertenencia, como interlocutor primordial y privilegiado; como Otro privilegiado, objeto hiperinvestido, se dice en la jerga psicoanalítica” (p. 32).

5. El adolescente y sus padres

La etapa adolescente, como se explicaba anteriormente, implica cambios importantes en relación a los vínculos, en especial el que corresponde al joven con sus padres. Éstos ocupan un lugar diferente para el hijo, así como el adolescente también lo hace para sus padres. Surge así el concepto de confrontación generacional. Ésta, explica Kancyper (2004), es esencial a la hora de adquirir una identidad. Lo importante es concebir la presencia del otro como una alteridad, en donde ambas partes admitan que ser oponentes no equivale a ser enemigo. En este sentido, sostiene que lo que hace posible la confrontación generacional es el estar inmersa en un campo dinámico de relación intersubjetiva.

Los padres y el hijo, (...), no pueden ser descritos ni entendidos como personas aisladas sino como una totalidad estructurada, cuya dinámica resulta de la interacción de cada integrante sobre el otro y de la situación sobre ambos en una causación recíproca dentro de un mismo proceso dinámico. (Kancyper, 2004, p. 94)

Lo que sucede dentro de este campo dinámico, explica este autor, es el atravesamiento por complejas elaboraciones psíquicas tanto para los padres como para el hijo. Se dan duelos en la dimensión narcisista y edípica, duelos por la irreversibilidad temporal, esto es, "(...) en un mismo movimiento la caída progresiva de los padres que envejecen y la admisión del poder en ascenso de la nueva generación que cuestiona las certezas anteriores (...)" (p. 95), y la desidealización gradual de la imagen de padres maravillosos para el hijo, así como del hijo maravilloso para los padres, quien no alcanza a cumplir con los ideales puestos en él. Finalmente, Kancyper (2004) termina argumentando que "No existen confrontación ni creación sin riesgos, sin derecho a la divergencia, a la posibilidad de estar juntos y de pensar distinto" (p. 112).

Vale destacar la postura de Maggi de Macedo y Rodríguez Rega (1990) quienes sostienen que este período se caracteriza por el desafiar a todo tipo de autoridad así como por el deseo de independizarse de las figuras parentales

6. Puesta en acto adolescente

Durante el empuje pubertario se da un largo y difícil proceso de reapropiación identitaria, que nada tiene de metódico y discursivo, sino que conjuga la lucidez y la fantasía omnipotente (o delirio de grandeza), con tedio y turbulencias. Es una etapa en la que se da el oscuro sentimiento de querer cambiar el mundo y poder dejar marcas propias y relevantes en la Tierra. (Viñar, 2009). Este sentimiento de grandeza, dice Viñar, es universal

y deseable, y no debe ser considerado como una patología. “Yo entiendo que estos momentos grandiosos deben ser postulados como elementos tróficos, normales y deseables de la experiencia adolescente...” (p. 32).

Frente a lo anterior, Ponce de León (2014) sostiene que, para enfrentar los límites y las vivencias de desamparo y fragilidad, es frecuente recurrir a la omnipotencia. A ello se le suma el acto y las actuaciones, como parte esencial del discurso adolescente. Esto permite retomar las ideas de Nin (2006), dado que hace referencia al lugar que ocupa el juego en la adolescencia. Pero, ¿de qué juego se está hablando?, ya que es claro que el jugar adolescente no es el mismo que el jugar del niño. En este sentido, el autor parte de las ideas de Freud y Winnicott para concebir al juego como actividad humana que permite comprender dinámicas inconscientes. “En la adolescencia, el desarrollo del espacio potencial – transicional implica una transformación del juego infantil al convertirse en un lenguaje de acción” (pp. 216-217).

Más adelante, explica que:

El jugar en la adolescencia tendrá también las características del “como sí” en este caso experimentando las nuevas posibilidades que le brinda su cuerpo, su nueva imagen, su nuevo rol social a través del cual se permite verse a sí mismo en los ojos de los otros como en un espejo. (Nin, 2006, p. 217)

Sin embargo, explica Nin (2006), el jugar no es tan sencillo en los adolescentes, visto la mayor de las veces en los consultorios terapéuticos, así como en la vida cotidiana. “Entonces la imposibilidad de pensar–jugar, es a menudo una puesta en acto que se puede expresar en no comer, en lastimarse, en fugarse, etc.” (p. 217)

La actuación cumple una función defensiva contra la angustia surgida de la confrontación con la realidad (...). Muchas veces el adolescente actúa para no saber. Si bien el pasaje al acto representa un obstáculo en el adolescente, éste tiene por otra parte otra función: le permite experimentar sus nuevas fuerzas, ensayar su poder y su autonomía en relación a su medio y en especial a sus padres. (Frioni de Ortega, 1990, p. 276)

CAPÍTULO TERCERO: VÍNCULO MADRE-BEBÉ EN ETAPA ADOLESCENTE

Se ha introducido hasta el momento, algunas nociones teóricas acerca de la importancia del vínculo madre-bebé en la primera infancia así como el lugar esencial que ocupa la adolescencia en la constitución de la identidad. Ahora, surge la interrogante de qué sucede si se entrecruzan estos dos importantes momentos evolutivos y se pasa a hablar de que, quien ocupa el rol materno es una joven adolescente.

Vives y Lartigue de Vives (1991) explican por qué el primer objeto sobre el cual se constituye el sujeto es la madre. Sostienen que la concepción que una madre tiene de su hijo recién nacido, es lo que determina y conforma el psiquismo de éste. Esta representación, se remonta a un tiempo que antecede al nacimiento del bebé, constituyendo lo que se denomina *representación preconceptiva fantasmática* de un bebé específico, que la madre desea. Esto influye de manera poderosa en el destino de la interacción materno-infantil:

(...) con frecuencia será la que determine la modalidad con la que la madre cuida a su bebé y se hace cargo (o no) de sus necesidades, la forma como lo mira, atiende y alimenta, el afecto con el que lo carga y lo mece, lo limpia y lo acaricia (...). (Vives y Lartigue de Vives, 1991, p. 768)

De este modo, lo que sucede en el bebé es que “Al introyectar este tipo de relación y de ser mirado, se establece el engrama de un *modelo vincular* específico y una primera forma de *conocimiento* del sujeto acerca de sí mismo” (p. 769). Por lo tanto, la pregunta que despierta el interés de este apartado tiene que ver con **la posibilidad (o no) de que una madre adolescente coloque su mirada, no ya en sí misma sino en un otro que precisa de ella para conformar su psiquismo.**

Peña y Buchwald (2011) se preguntan por qué las jóvenes se embarazan y qué sentido tiene el embarazo, sabiendo que hoy día el acceso a la información y a la prevención es más “fácil”. Frente a ello, plantean la dimensión subjetiva del deseo, partiendo de la idea de que, para que un embarazo se produzca, siempre aparece uno o varios deseos en juego. Sin embargo, en relación a la adolescente se preguntan “¿por dónde transcurre el deseo? ¿deseo de qué...?” (p. 106).

Perrotta (2012) realiza una apreciación acerca del deseo de embarazo en las adolescentes, en donde plantea que, si bien éstos suelen no ser planificados o buscados conscientemente, no significa necesariamente que no sean deseados. Frente a ello, expone

la noción del deseo como constructo complejo a la hora de definirlo, pero aclara que, sea si se lo defina desde el psicoanálisis, desde un diccionario o se lo piense como uso cotidiano de la palabra, el deseo no se refiere a acciones voluntarias, planificadas, a algo que necesariamente se busque de modo consciente. “Entonces, un embarazo no buscado o no planificado no puede definirse como deseado o no deseado sólo por el hecho de no haber sido buscado conscientemente” (p. 14).

1. Embarazo y maternidad en la adolescencia

Se parte aquí de la siguiente pregunta: **¿cómo evoluciona el desarrollo de una adolescente con la llegada de un bebé?** Frente a ello, aparecen distintas opiniones. Freire de Garbarino y Maggi de Macedo (1967) sostienen que “la presencia del embarazo en la joven de 12 a 18 años, “quiebra” el proceso adolescente, presencia que es acto” (p. 96). La sexualidad femenina en la adolescencia, explican, es compleja en sí misma dado que se desconoce lo que hay más allá y lo viven como un vacío. Por tanto, afirman que el embarazo es uno de los riesgos que aparecen cuando no se realiza adecuadamente dicho tránsito.

Coll (2001) sostiene que “El conocimiento existente dice que la maternidad en la adolescencia conlleva un mayor riesgo biológico para la madre y para el hijo” (p. 426), pero aclara también que está comprobado que las adolescentes que son atendidas en programas especiales y tienen un buen control prenatal desde que se embarazan, tienen resultados perinatales que son iguales o mejores que los de mujeres de mayor edad. “El problema es que la mayoría de las adolescentes embarazadas llega al primer control ya entrada la segunda mitad de su embarazo. El riesgo biológico no provendría de su físico, sino de su comportamiento, propio de una adolescente” (p. 427).

El problema de la adolescente embarazada surge en el puerperio, cuando comienza el vínculo con el bebé y tienen que poner a prueba su capacidad de maternar. Les cuesta mucho hacerse cargo de sus hijos, atender sus demandas porque ellas aún siguen siendo hijas y están atravesando procesos propios de la etapa en la que se encuentran, como el logro de la identidad sexual, el proceso de separación de los padres, separación-individuación de la propia madre y la construcción de un proyecto de vida. (Peña y Buchwald, 2011)

Correas (1996), en esta misma línea de pensamiento, sostiene que “La embarazada adolescente cursa una crisis dentro de otra crisis, lo que llevaría a una dificultad mayor de elaboración de ambas situaciones. Se suman los cambios corporales del embarazo con los

cambios biológicos propios de la etapa de desarrollo” (p. 22). **¿Puede entonces la adolescente continuar con su proceso evolutivo?** Sin lugar a dudas, los cambios que provoca la maternidad se van a sumar a los cambios propios de la etapa adolescente, pudiendo provocar de este modo una importante inestabilidad emocional, acompañada de sentimientos de ambivalencia, de ansiedad, de negación y egocentrismo (Caseso Moreira, 2007). “En ocasiones quedan como paralizadas y esperan una especie de solución mágica que llegue desde afuera, sin su intervención” (Coll, 2001, p. 427).

Por su parte, Ponce de León (2014) afirma que “lo específico de la Maternidad Adolescente estará referido a las determinantes socio-culturales de cada época, así como de cada región y estrato social particular” (p. 2). En este sentido, sostiene fuertemente que la mirada hacia una madre adolescente debe tener un enfoque singular, refiriéndose a las vivencias y circunstancias de cada caso. Afirma por ello que “No podemos anticipar que la maternidad en la adolescencia tendrá consecuencias negativas, sin olvidar la mayor vulnerabilidad que implica sobrellevar dos procesos críticos al mismo tiempo” (p. 5).

Peña y Buchwald (citado en Ponce de León, 2014), destacan fenómenos frecuentes que se dan en la clínica con adolescentes embarazadas, donde priman conflictos que dan lugar a la posibilidad de generarse cuadros regresivos. Se plantea que hay casos en los que el hijo es vivido por las adolescentes, como un hermano menor, con quien compiten por el cuidado materno, imposibilitando así la separación de éstas de sus familias de origen. Otras, sin embargo, al lograr un nivel madurativo mayor, pueden incorporar como parte de su identidad el nuevo rol materno.

La crisis adolescente culmina con la conformación de una identidad adulta, lo cual puede verse modificado cuando el embarazo ocurre antes que esta etapa evolutiva sea superada. El embarazo durante la adolescencia impondría un trabajo de asunción de un rol adulto cuando esta identidad adulta no está totalmente conformada, aumentando el estrés y la aparición de conflictos. (Correas, 1996, p. 22)

La maternidad en la adolescencia, explican Peña y Buchwald (2011), tiene motivaciones muy profundas, por lo que hay que reconocer el momento vital que están atravesando, ya que no es lo mismo embarazarse a los 14 años que a los 18, así como tampoco es igual el entorno social, los grupos de pertenencia y los mandatos familiares de cada caso. En esta misma línea, Coll (2001) dice que “Las posibilidades de aceptar el embarazo y criar al niño, cumpliendo un papel de madre a edades tempranas, serían menores cuanto menos edad tengan” (p. 431), y más adelante agrega que “Es fundamental

tener en cuenta que una adolescente no madura a la adultez por el simple hecho de estar embarazada, seguirá siendo una adolescente, que tendrá que hacerse cargo de un hijo” (p. 431).

2. La madre adolescente y el vínculo con su madre

Al revisar el lugar de la maternidad en la adolescencia, surgen interrogantes en relación a los vínculos que se manejan a su alrededor, como por ejemplo **¿cuál es el lugar que ocupan las relaciones familiares en la maternidad adolescente y qué tan necesarias son las figuras “de soporte” -específicamente su propia madre- para transitar este proceso?**

Tomando los aportes realizados por Caleso Moreira (2007), se propone continuar aquí con la reflexión que la autora realiza sobre el apoyo social como marcador importante al momento de evaluar las condiciones de las madres adolescentes para la iniciación del proceso de crianza de sus hijos. En dicho trabajo se explica que el “apoyo social funciona como moderador de los sentimientos provocados por la gestación” (pp. 29-30), por lo que se lo considera un factor favorable para la adquisición de los cuidados necesarios del bebé. En este sentido, explica que *la madre de la adolescente embarazada* es quien se destaca por su expresa importancia: “...durante el embarazo y los primeros meses de vida del bebé, las mujeres se acercan más a sus madres, reviven conflictos en la relación entre ambas y tienen mayor curiosidad por su propia infancia” (p. 30).

En los casos de madres adolescentes, explican Vives y Lartigue de Vives (1991), uno de los problemas tiene que ver con el hecho de que, la fase de desarrollo que atraviesan las adolescentes, normalmente tiende a que las jóvenes busquen alejarse emocionalmente de sus respectivas madres, a modo de generar autonomía, propia del proceso de separación-individuación. Afirman además que, por lo general la posibilidad de acercarse a la figura materna suele realizarse en una fase posterior, cuando se embarazan en la edad adulta. Por tanto, sucede que cuando se entrecruzan la adolescencia con el embarazo, la necesidad de autonomía de la adolescente entra en conflicto con la necesidad de dependencia y cercanía propias del embarazo. “Con frecuencia sucede que la cercanía con la madre, (...), desemboca en estos casos en un reengolfamiento de la adolescente, debido a que no ha tenido tiempo de consolidar una adecuada separación e independencia de su madre” (p. 773).

Siguiendo esta línea, se trae entonces aquí el elemento referido a la particular relación que establecen las jóvenes adolescentes con sus propias madres: su lugar como

hijas, pero ahora también ellas mismas como futuras mamás. Frente a ello se plantea lo siguiente:

(...) la adolescente sigue una corriente regresiva que tiende a re-establecer aquel antiguo vínculo con su madre del cual nunca hubiera querido partir. Se re-edita entonces una modalidad de fusión tanto en la madre como en la hija, que apunta a revivir la fantasía de una unidad. (Freire de Garbarino & Maggi de Macedo, 1967, p. 96)

Frente a ello, Correas (1996), en lo que respecta al ser madre y ser hija al momento de darse la maternidad adolescente sostiene que “es de singular importancia el tipo de relación que la mujer tiene con su madre para asumir su maternidad y el cuidado de un hijo. Toda madre, aún sin ser adolescente, necesita de una figura materna para serlo” (p. 20).

Por otro lado, Ponce de León (2014) en relación a la resignificación de las identificaciones, relata que en el trabajo directo con madres adolescentes se ha observado:

(...) la búsqueda de recrear la relación materna, ya sea en un movimiento fusional a través de la identificación regresiva con el bebé, o bien en un movimiento del Edipo negativo, ofreciéndole un bebé a la madre para que cuide en el bebé la parte de sí que teme crecer. Paradoja propia de la adolescencia ya que al mismo tiempo se convierte ella misma en madre. (p. 8)

Ulriksen de Viñar (2005), por su parte, haciendo referencia al vínculo dual y fusional entre una madre y su bebé, habla acerca de la operación que denomina la *separación*, explicando que se da un importante salto de lugar a nivel generacional que trae aparejado un gran duelo: se “pierde el lugar de hija para ocupar el lugar de madre” y frente a ello, agrega:

Un psiquismo suficientemente dúctil de la madre permite soportar la modificación de este cambio de lugar. Pero necesita a su vez un espacio para ello. Espacio donde también estén presentes los otros que la reconocen en su nuevo estatuto de madre. (p. 10)

Caleso Moreira (2007), tomando ideas de Silva y Salomao, explica que “Muchas veces, son las madres de las adolescentes las que se hacen responsables de los cuidados de los niños...” (p. 31), pudiéndose generar de este modo, confusiones en los roles familiares de madre e hija. En este sentido, se explica que las adolescentes suelen sentir el soporte de sus madres cuando lo hacen a través de “actividades como cuidar y apoyar, enseñar y orientar” (p. 31).

El embarazo de las adolescentes “puede pensarse en muchos casos como una puesta en acto o también en una actuación, búsqueda de salida de una situación interna conflictiva, involucrando o no, una repetición ligada a la historia individual o familiar” (Ponce de León, 2014, p. 8). Pensando en el embarazo como *acting out*, Coll (2001) sostiene que:

El embarazo en adolescentes de familias en que no se les presta atención, no se establecen límites claros o hay transmisión confusa o ambigua de valores, que no registran las señales de alarma o pedidos de ayuda, éste aparece como una provocación o como un grito desesperado de pedido de afecto, límites y comprensión. (p. 437).

Y pensando en el embarazo como recreación de una historia familiar, Caleso Moreira (2007) realiza una revisión sobre estudios transgeneracionales en los que se indica que frecuentemente las madres de las adolescentes que ahora son madres, también experimentaron la maternidad precoz, lo que indicaría una posible repetición transgeneracional del hecho.

La joven adolescente, por lo tanto, no pasa a tener un hijo estando sola; forma parte de un entramado familiar que acompaña, o no, su maternidad, y de eso dependerá gran parte de este proceso de desarrollo.

3. Influencia del contexto socio-económico

Se sostenía anteriormente, que es imposible pensar las adolescencias sin tomar en cuenta el lugar y el momento socio-histórico que vive cada adolescente, por lo que se puede afirmar que las consecuencias de la maternidad no van a ser las mismas para todas las madres adolescentes. En este sentido, Correas (1996) ilustra las diferentes posibilidades, según la clase socio-económica a la cual pertenecen las jóvenes adolescentes, de cómo es tomado su embarazo y posterior maternidad en sus respectivas familias. Acerca de la clase baja, que es donde suceden la mayor parte de casos de adolescentes con hijos, “el medio familiar acepta en forma fácil el embarazo de sus hijas y suelen en general hacerse cargo de la educación de su nuevo miembro sin ningún tipo de resentimiento” (p. 19).

En párrafos anteriores se mencionaba acerca de una investigación realizada en nuestro país por López Gómez (coord.) (2015). En dicha investigación, se efectuaron entrevistas a adolescentes madres o embarazadas de los diferentes sectores socio-económicos.

Para las adolescentes de sectores sociales bajos, la maternidad está legitimada. Ésta es vivida como una “ganancia”, al sentir que se obtiene mayor reconocimiento social de su entorno, ya que en el hijo (...) se depositan las esperanzas de restitución de vacíos afectivos. La maternidad (...) es la manera de encontrar un “lugar en el mundo”. Sin embargo, el hijo las desplaza de los ámbitos de socialización más amplios, limita aún más sus posibilidades de desarrollo personal, formación e inserción en el mercado laboral. (Varela, C. & Lara, C., 2015, p. 61)

Ponce de León (2014), en relación a las jóvenes que pertenecen a los sectores más pobres de nuestra sociedad, sostiene que, como existe una mayor dificultad para acceder y mantenerse en el sistema educativo y laboral, la maternidad pasa a ser el camino que toman como modo de inserción social, consiguiendo así un rol valorado, y entrando de manera rápida al mundo adulto a pesar de no tener los recursos necesarios para mantenerse en él. De todas maneras, cabe destacar que “El embarazo en adolescentes es un hecho cada vez más frecuente en países en vías de desarrollo y puede considerarse una condición que favorece la reproducción de la pobreza” (Ortiz, Borré, Carrillo y Gutiérrez, 2006, p. 72).

No debemos olvidar que estos embarazos plantean frecuentemente la opción del aborto y se ha elegido consciente o inconscientemente continuar con el embarazo. Es decir que sin desconocer las condiciones sociales desfavorables, debemos tener en cuenta el papel que ocupa el deseo, así como el intento de cambio y de asumir un lugar activo que están en juego. (Ponce de León, 2014, p. 10)

Por su parte, en los casos de familias de clase media, Correas (1996) resalta los sentimientos de enojo por parte de los padres de la joven, y plantea que muchas veces las adolescentes deben abandonar por ello sus hogares. “Acompañando el enojo están sentimientos de culpa y vergüenza: culpa por lo que salió mal y por qué papel pudieron tener ellos para fomentar el embarazo, vergüenza ante vecinos y familiares por lo que puedan decir y pensar” (pp. 19-20).

De las entrevistas hechas en la investigación mencionada, a las adolescentes de esta clase social, se destaca que:

(...) la maternidad no es el proyecto fundamental de su vida, se percibe como algo “que va a llegar”, más lejano en el tiempo, el énfasis en este momento está puesto en la continuación de sus estudios. La maternidad (...), significa un corte dramático en este momento vital y lo consideran una pérdida. (Varela, C. & Lara, C., 2015, p. 60)

Continuando en esta línea, Ponce de León (2014) maneja el concepto de mundo globalizado planteando que en ese contexto socio cultural, la mujer de clase media se ubica prácticamente a la par que el hombre en lo que a ámbito educativo y laboral se refiere, por lo que “la maternidad adolescente es señalada como un problema a evitar” (p. 4).

En la ciudad de Tuluá, Colombia, en el año 2012, se realizó un estudio asociado al embarazo de jóvenes adolescentes de 19 años o menos, escrito por Sánchez Valencia et. All. (2013), en el que se sostuvo que “... el embarazo adolescente (...) es considerado una problemática social cuyo efecto se traduce en falta de oportunidades y aplanamiento de las perspectivas futuras de vida de la adolescente embarazada, su hijo/a y su familia” (p. 270).

Por su parte, Perrotta (2012) acerca del rol que la sociedad le otorga a las mujeres, dentro de un parámetro general, como madres, esposas y amas de casa, sostiene que se verá condicionada la ocurrencia de embarazos en adolescentes “en la medida en que esa es la única manera en que muchas de estas adolescentes sienten que se realizan como mujeres y son reconocidas socialmente como tales” (p.14).

Investigaciones sobre psicología evolutiva se basan en el modelo de interdependencia, partiendo de la premisa de que todos los individuos se incluyen en una red de relaciones sociales y familiares, por lo cual “la capacidad de gestión de sus proyectos personales es bastante distinta dependiendo del contexto socioeconómico y cultural en el que se encuentran” (Caleso Moreira, 2007, p. 17).

Además del contexto social, también deben ser consideradas la situación económica, familiar, las condiciones de salud y de desarrollo de las madres, sus niveles de escolaridad e inserción laboral, y obviamente, la edad de la chica (ya que no tiene el mismo impacto un embarazo a los 12 que a los 17 años de edad). (Caleso Moreira, 2007, p. 17)

En esta misma línea, Videla y Grieco (1993), a diferencia de otros autores que afirman que la edad de la madre no tiene relación alguna con el riesgo de estos embarazos precoces, sostienen que ello sería así si se hablase únicamente de un organismo que gesta a otro. “En nuestra concepción la problemática inconsciente que padece cada adolescente, cuya madurez y autonomía personal aún no se ha logrado, pone en riesgo psicosomático a “la niña” y favorece una fragilidad en su sistema defensivo” (p. 73). Lo que sí afirman es la relación directa de la pobreza, la nutrición inadecuada y la mala salud con el alto riesgo de los embarazos adolescentes.

Para cerrar lo antedicho, resulta interesante reflexionar acerca del lugar que ocupa la maternidad adolescente en relación a la anticipada transición a la adultez, tomando en cuenta la influencia del contexto así como del lugar que ocupa esta nueva situación en la familia de origen de la joven. En un estudio que describe la maternidad adolescente en el Uruguay, se destaca que la misma se da mayoritariamente en:

(...) los estratos sociales carenciados, en hogares de bajo clima educativo y en un contexto donde las relaciones afectivas y sexuales están pautadas por la conjunción de las desigualdades de género y de clase y el ser adolescente. Estos factores exponen a las adolescentes a una vulnerabilidad psicológica y social que las condiciona tanto en lo que respecta al ejercicio de la sexualidad y la reproducción como a la precariedad de acumulación de activos que compromete su adecuada inserción en la vida adulta. (Varela y Fostik, 2011, p. 137)

Es importante destacar, según Varela y Fostik (2011), el rol que ocupa la familia de origen para evitar transiciones precoces del pasaje a la vida adulta. En los casos de estas jóvenes madres, el haber iniciado la maternidad de manera anticipada, las conduce a asumir un rol que es característico de la adultez, pero ello no implica que transiten otros eventos propios de esa fase, como lo sería la inserción laboral o diversificar un proyecto de vida. “La cotidianeidad de las adolescentes madres se restringe al ámbito doméstico y al cuidado de su/s hijo/s” (p. 138). Esto es sin lugar a dudas, un tema que merece especial atención.

4. El conflicto en la maternidad adolescente

Ponce de León (2016), trabaja específicamente la temática de la maternidad adolescente en los contextos sociales críticos de nuestro país. Frente a la complejidad que implica la construcción de subjetividad en lo referente a la paternidad -más específicamente la maternidad- la autora interroga el lugar de lo traumático histórico en estos jóvenes, como factor acumulativo y múltiple, donde lo que priman son las carencias afectivas y sociales y donde la mayor de las veces se enfrentan al desamparo y la violencia.

En el capítulo que dirige su atención al vínculo temprano madre-bebé se destaca la función narcisante de la madre frente a su hijo, sugiriendo que el nacimiento de un hijo revive el narcisismo de los padres, quienes ubican al pequeño en un lugar de magnificencia, descrito por Freud como *His Majesty the Baby*. De este modo, el niño quedaría ubicado en un lugar central. Surge así la interrogante de **¿qué sucede en los casos de maternidad**

adolescente, donde el narcisismo toma un giro diferente que en la adultez? ¿Pueden estas jóvenes madres depositar en el niño toda clase de perfecciones?

En este sentido, Ponce de León (2016) sostiene que “vemos el deseo de un hijo con una vertiente de reparación del narcisismo fallido...” (p. 230), y toma las ideas de Philippe Gutton para denominarlo “parentalidad arcaica”. Explica, que ésta se elabora bajo una completud fálico-narcisista, anticipando roles adultos que apuntalan la fragilidad identitaria e inclusión social. Tanto en el hombre como en la mujer adolescente, predomina en un principio “la idealización de la parentalidad en busca de resignificar identificaciones con las figuras parentales abandónicas o rechazadas” (p. 230).

Para entender las dificultades que arrastra la parentalidad en estos medios de carencia extrema, Ponce de León (2016) manifiesta que le resulta útil tomar el concepto de “afiliación” definido por Konicheckis, que sería:

La elaboración psíquica de un sujeto... para adquirir, tomar posesión de lo heredado de padres y madres , por el cual el sujeto integra, reproduce, reconstruye y restituye en el *après coup* los legados de la transmisión en bruto a fin de volverla un objeto utilizable sin el cual permanecería...no representable con el resto de la vida psíquica. (Konicheckis, citado en Ponce de León, 2016, p. 231)

Este trabajo de afiliación es, según la autora, esencialmente simbólico, que suele basarse en una cadena transgeneracional que trae consigo múltiples cortes, de distinta índole. La paradoja, dice, es que “el material genuino de transmisión que debe ser integrado como parte de la propia historia, está en sí mismo lleno de rupturas simbólicas” (p. 231), y que el problema ocurre cuando, en la construcción de maternidad y paternidad se producen efectos de repetición, como por ejemplo de violencia y transgresión.

Por otro lado, desde la esfera psicoanalítica, el cuerpo ocupa un lugar central, no solo el cuerpo físico sino también el psíquico. Se expondrá aquí entonces, una perspectiva que puntualiza no solo el cuerpo en la adolescencia, sino también en la maternidad adolescente, dado que éste irrumpe de manera abrupta.

Relativo al cuerpo y la movilización de la imagen corporal que se produce en la adolescencia, el embarazo añade una gran transformación que impacta de manera diferente de acuerdo a los fantasmas predominantes y los registros pregenitales y fálicos en juego. La “panza” puede encarnar fantasías de completud fálica que desmiente la castración, o fantasías incestuosas a través de la deformación corporal vivida con vergüenza... (Ponce de León, 2014, p. 9)

Por lo tanto, esta autora plantea que, va a depender de los recursos psíquicos de cada adolescente si podrán o no elaborarse y discriminarse del embarazo real estos fantasmas (así como la ambivalencia que siempre está presente). Lo importante es tener la percepción del bebé como un ser separado. En suma, afirma que “en plena remoción pulsional y narcisista adolescente, la maternidad no puede menos que jugar un rol significativo en cómo se plantea la reestructuración psíquica en juego” (p. 9).

Se habla aquí de adultas muy jóvenes que ya no son niñas pero, retomando a Freire de Garbarino y Maggi de Macedo (1967), se sostendrá que transcurrieron de una etapa a la otra sin transitar por la sexualidad femenina adolescente. Afirman que las mismas “no reconocen su deseo de estar embarazadas y ahí está la represión. Mantienen la bisexualidad niña-varón a través del bebe que sería llenar lo que falta” (p. 102). Finalmente, agregan que “tampoco pueden pensarse como niñas, con necesidades de niñas, sino a través de un niño que ellas hagan y este niño será lo que no pudieron ser” (p. 102).

5. Los hijos de madres adolescentes

Acerca de la relación que establecen las madres adolescentes con sus propios hijos se intentará abordar aquí, desde diferentes nociones teóricas, cómo es el tipo de vínculo que se genera entre ambos -principalmente en los primeros momentos de vida del niño- bajo la búsqueda de explicitar si es posible decir que el desarrollo de éstos ingresa dentro del ámbito de lo esperado para un bebé.

Una apreciación al tema se le adjudica a Correas (1996) quien sostiene que:

Los hijos de madres adolescentes son considerados el grupo de más alto riesgo para problemas de desarrollo y sociales. Este riesgo se genera con el tipo de sistema educativo del adolescente que impacta y genera trastornos en el desarrollo del niño. (p. 26)

Dicha afirmación, es sustentada por el autor bajo la premisa de que las jóvenes adolescentes se enfrentan a resolver el difícil conflicto de dependencia, buscando separarse de sus hijos para que los mismos sean rápidamente independientes. Esto lo consiguen, fomentando conductas motoras como lo es, por ejemplo, al momento de sostener a los pequeños para que caminen teniendo apenas tres o cuatro meses de vida (Correas, 1996). Siguiendo en esta línea plantea que:

Así como las adolescentes empujan sus hijos hacia la independencia, el polo contrario -la dependencia- aparece como muy marcada en la forma de vincularse de

estas madres. Ya se ha planteado como un motivo del embarazo el intento de recuperar la unidad perdida y deseada con una madre que la quiera y la tenga en cuenta. El hijo llena ese vacío y se dificulta que sea considerado como un otro con necesidades propias. (Correas, 1996, p. 26)

Coll (2001) en este sentido habla de que las madres adolescentes con carencias afectivas desde su niñez, suelen ver a su hijo como *algo propio*, el cual significa para ellas alguien que las quiera como no las quisieron a ellas, o tener algo suyo, como nunca han tenido. En este sentido “Esperan que ese bebé sea una fuente inagotable de cariño para ellas y fantasean con un amor incondicional de su parte” (p. 436).

5.1. Relaciones de Apego y persistencia transgeneracional

El estudio sobre las historias de patrones de apego ha tomado relevancia por diferentes pensadores a lo largo de los años. Dentro de los postulados sobre la teoría del apego, aparece el modelo teórico de la transmisión intergeneracional de apego, trabajado por Escobar (2008), el cual parte de la premisa de que la representación de lo que podría llamarse apego parental, proporciona un patrón en la relación padres-hijos que sirve como forma de estructurar el intercambio en esta díada a nivel conductual y afectivo, siendo esto internalizado poco a poco por el niño.

Lo que la autora sostiene es que es fundamental evaluar cómo los padres transmiten sus representaciones mentales de apego a sus propios hijos dado que, la capacidad de respuesta sensible del adulto, es considerada vehículo de transmisión de dichos patrones. Fonagy y col. (citado en Escobar, 2008) demuestran que los adultos seguros logran tener, con mayor probabilidad, hijos con apego seguro. Esto, sin lugar a dudas, implica que el adulto tenga la capacidad de conseguir un adecuado acceso al estado mental de su hijo y, frente a ello poder atribuirle significado; es decir, reflexionar y entender las señales que los pequeños les envían con el fin de interpretarlas para responder rápida y apropiadamente (Escobar, 2008).

Una característica de la respuesta sensible es la capacidad parental de ver al niño como un ser humano con su propia individualidad y sus propias necesidades, poder brindarse como una base segura y permitir así el desarrollo de conductas exploratorias. (Escobar, 2008, p. 14)

Surge así la interrogante de **qué es lo que sucede en los casos de madres adolescentes y su disponibilidad frente al niño**; seguido de ello, aparece también la

pregunta de **cómo es el tipo de apego que ellas establecen teniendo en cuenta su propia historia en relación a los patrones de apego**. Es importante no olvidar que se habla aquí de una joven adolescente, que además de ser madre, transita ella misma una etapa crítica.

En relación a los patrones de apego de las madres adolescentes con sus figuras primarias, el trabajo de Escobar (2008) despliega una discusión acerca de resultados obtenidos por diferentes investigaciones. Se destaca que las que presentan patrones de apego inseguro con sus figuras primarias, tienen una historia previa de carencia afectiva o mala calidad de vínculo, constituyendo un aumento en la incidencia de embarazos no deseados.

Cuando se evaluó categorías de patrones de apego inseguro, lo que predominó en las investigaciones fueron casos de alta sobreprotección; esto es, historias de vidas con madres que no apoyaron la independencia de las jóvenes sino que predominó el control o intrusión, el exceso de contacto, infantilización y evitación de conductas autónomas. Estos antecedentes permiten llegar a la conclusión de que en las familias de estas madres adolescentes priman límites demasiado rígidos (Escobar, 2008).

Por tanto, estudiar los patrones de apego de manera transegeneracional termina siendo “muy ilustrativo de cómo las experiencias pasadas pueden ser internalizadas como modelos para la interacción con el otro” (Escobar, 2008, p. 67).

Desde la perspectiva del Apego, la adolescencia es definida como una etapa de transición, en la cual el adolescente busca lograr una mayor independencia de los cuidadores primarios con el fin de adquirir mayores niveles de autonomía y diferenciación; de éste modo los vínculos de apego se transforman y son gradualmente transferidos al grupo de pares y a la pareja. (Escobar, 2008, p. 18)

Un concepto interesante a destacar es el de las *relaciones románticas*. Se explica en el trabajo de Escobar (2008) que cuando las adolescentes empiezan a separarse de sus figuras primarias de apego, forman relaciones significativas con sus pares, incursionando en ese mundo de relaciones románticas, produciéndose una importante transformación de lo que son las relaciones asimétricas en las llamadas relaciones mutuas: relaciones mucho más simétricas.

En los casos de madres adolescentes, Baeza, Poo, Vázquez, Muñoz y Vallejos (citado en Escobar, 2008) dicen que “las adolescentes justifican la actividad sexual e incluso el embarazo, con la existencia de un amor idealizado”, pudiéndose generar así confusiones

a la hora de llevar adelante la maternidad. Explica Escobar que hay estudios que manifiestan las dificultades que tienen estas adolescentes para brindar la adecuada estimulación a sus hijos, destacando principalmente las faltas en lo verbal, por ejemplo, presentando menor cantidad de vocalizaciones al bebé.

Ortiz et. al. (2006) describen en su trabajo aportes de diferentes investigadores acerca del modo de vincularse las madres adolescentes con sus bebés. Explican que en un estudio realizado por Baranowsky, Schillmoller y Higgins (1990) hacia un grupo de madres adolescentes, se encontró que las interacciones que establecían con sus hijos eran poco frecuentes, de baja calidad e intrusivas, de modo que se ponía en riesgo la adaptación del niño al medio. Por otro lado, explican que Lamb, Hopps y Elster (1987) evaluaron el tipo de apego establecido en hijos de madres adolescentes de una población norteamericana, a los 6 y 14 meses de edad, donde destacan que éstos presentaban una probabilidad más alta de establecer un tipo de apego inseguro-evitativo que los de madres adultas. Otros autores establecen, en este mismo trabajo, que los hijos de madres adolescentes pueden desarrollar un patrón de apego desorganizado.

La teoría del apego hace énfasis en que (...) la relación afectiva es un proceso interactivo y continuo entre las respuestas o señales del bebé y las respuestas o señales maternas; por lo tanto, existe una asociación entre la sensibilidad, la cooperación y la accesibilidad del cuidador (...). (Ortiz et. al., 2006, p.74)

Esto trae consigo una segunda línea de pensamiento, la cual corresponde a la importancia dada en capítulos anteriores al “estadio del espejo”, el cual configura una parte esencial en la formación del yo psíquico. Se sostiene que éste se configura en base a la imagen del otro, que en este caso, sería la madre. Es interesante preguntarse aquí qué sucede en los casos de madres adolescentes. **¿Pueden ser espejo para sus propios bebés cuando ellas mismas son quienes buscan respuestas en el espejo por la angustia que les genera la etapa adolescente unida a las dificultades de la maternidad?**

Tomando las ideas de Winnicott (1971), se resalta la pregunta del autor de qué es lo que ve el bebé cuando mira el rostro de su madre, a lo que se contesta que suele verse a sí mismo. Sin embargo, realiza una importante apreciación en la que recalca que esto no debería darse por sentado, ya que muchas veces la madre no cuenta con dicha disponibilidad, mostrando la rigidez de sus propias defensas. Entonces, se vuelve a preguntar qué es lo que ve el bebé en ese caso, y ante ello responde:

(...) muchos bebés tienen una larga experiencia de no recibir de vuelta lo que dan. Miran y no se ven a sí mismos. Surgen consecuencias. Primero empieza a atrofiarse su capacidad creadora, y de una u otra manera buscan en derredor otras formas de conseguir que el ambiente les devuelva algo de sí. (Winnicott, 1971, pp. 148-149)

Esto suele verse en casos de madres adolescentes que pueden no estar disponibles frente a la mirada de sus hijos; lo que destacan es fragilidad y omnipotencia. En este sentido, se pueden tomar las ideas de Ulriksen de Viñar (2005) quien refiere justamente a la importancia del estado emocional de la madre frente a su hijo. La autora describe dos posibles escenarios:

La madre vulnerable, o más aún, vulnerada, deprimida, traumatizada, está ella en situación de desamparo, con poca disponibilidad para reconocer en el recién nacido una capacidad de respuesta y de intencionalidad. En estas situaciones se organizan las patologías más graves en el niño. (p. 9)

Ocupa un lugar diferente la madre que es capaz de interrogar al bebé con preguntas que den lugar al propio funcionamiento de éste, tan importante a la hora de su proceso de crecimiento. Para ello, es fundamental que la madre se corra del dominio del saber (Ulriksen de Viñar, 2005).

En casos de las madres adolescentes, el problema que viene aparejado al tipo de cuidado que establecen con sus bebés es el de no ser conscientes de las capacidades reales de los mismos. Correas (1996) explica que, cuando se les solicita a las adolescentes que describan las necesidades que tendría el bebé, les adjudican motivaciones y acciones muy lejanas a sus posibilidades reales. En este sentido, afirma que, o bien los describen en menos, “creyendo que estos no hacen nada más que llorar” (p. 26), o bien en más, “adjudicándoles posibilidades de autocuidado propias de edades más avanzadas” (p. 26). Finalmente sostiene que, sea cual sea el caso, “...los tipos de interacción que aparecen con sus hijos se ven modificados por estas creencias, pudiendo llevar, por ejemplo, a una mayor incidencia de accidentes por considerar que el bebé se puede cuidar solo” (p. 26).

Las adolescentes que tienen expectativas más reales en cuanto a las capacidades de sus hijos, de sus capacidades como madres y del tipo de relación madre-hijo que se puede llegar a crear, tienen hijos con mejores capacidades de desempeño a nivel psicomotor y que pueden hacerse cargo de los estímulos del medio a través de conductas autoiniciadas acordes a la situación. (Correas, 1996, p. 26).

Por otro lado, están las adolescentes que ven a su hijo como una salida ante una situación que para ellas es intolerable, como por ejemplo sucede en los casos de hogares violentos con antecedentes de abuso sexual. Puede suceder que el hecho de quedar embarazadas sea “el pasaporte para alejarse de una situación que las sobrepasa. El hijo es pensado como un “salvador” que les permitirá liberarse de aquello de lo que no pueden salir...” (Coll, 2001, p.436).

Otro escenario posible es el de las adolescentes que ven a su hijo como expresión de un conflicto no resuelto, como lo es en casos de haber vivido una importante pérdida (de un ser querido, por ejemplo). “El embarazo viene a llenar un vacío que les resulta muy doloroso, y no pueden discriminar entre lo que les ocurre y el alcance de sus actos” (Coll, 2001, p.436).

(...) si las jóvenes optan por criar el niño, deberán modificar su estilo de vida anterior al embarazo en mayor o menor medida, situación que podría oscilar entre una aceptación gozosa por el hecho de ser madres, hasta una dosis de frustración muy grande, que repercutirá en el vínculo con su hijo. (Coll, 2001, pp. 441-442)

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo del trabajo se intentó reflexionar acerca del vínculo madre-bebé cuando la madre atraviesa la adolescencia. Surgieron diferentes interrogantes a la hora de pensar los entrecruzamientos dados entre ambas etapas, en tanto se concibe a la adolescencia como parte de un constructo sociocultural, esto es, un colectivo con características variadas según el contexto que se tome en consideración así como el devenir familiar, social y singular de cada joven. Puede inferirse que la disponibilidad de esta joven madre para encargarse de un bebé va a depender de las tramitaciones psíquicas internas, destacando como factor importante el proceso de maduración personal, el apoyo que tenga de su entorno familiar y social, el contexto económico en el que viva así como el tipo de educación que reciba.

Se enfatiza el lugar que cumple el cuerpo en la adolescencia, como principal protagonista de los cambios a tramitar pero que, al sumarse con las transformaciones propias de un embarazo, invaden a la joven con sentimientos de extrañeza (por un cuerpo que no reconoce), pero que a su vez completa, literal y metafóricamente hablando, al sentimiento de vacío que se da en esta etapa. Se explica en el trabajo que las adolescentes que son atendidas en tiempo y forma (y tienen buenos controles prenatales), obtienen resultados positivos en sus embarazos, al igual que una mujer adulta. La dificultad aparecería cuando esto no sucede: ya sea porque las jóvenes no se cuiden, no se realicen controles prenatales a tiempo, o no tengan el apoyo familiar necesario para transitar este proceso. Por ello, se destaca la jerarquía que ocupan las figuras de referencia y los equipos psicoterapéuticos para acompañar de buena manera a la adolescente embarazada.

Hablar entonces de la constitución subjetiva de la maternidad adolescente, implica pensar en lo simbólico puesto en ese cuerpo cambiante, en las marcas (tanto físicas como psíquicas) que quedan en él, en la posibilidad de 'ser miradas', 'sentirse alguien' y 'tener algo propio'. Si la adolescente se concientiza de las capacidades reales del bebé así como de las suyas en el rol de madre, si logra conectarse con las emociones del pequeño y escuchar lo que éste necesita afectivamente, podrá mantener un vínculo sano y enriquecedor con él. Cuando se habla de adolescentes que, frente a esta nueva realidad que se les presenta, no se reconocen en su estatuto de madres y viven su adolescencia de manera vertiginosa, terminan introduciendo al niño en un universo que no es adecuado para él.

REFERENCIAS

- Altmann et al. (1998): Juegos de amor y magia entre la madre y su bebé. La canción de cuna. Montevideo: Unicef.
- Caleso Moreira, M. (2007). *Vínculo afectivo y estrés en la maternidad adolescente: un estudio con metodología combinada*. (Tesis doctoral). Universidad autónoma de Barcelona - Facultad de Psicología, Barcelona, España.
- Casas de Pereda, M. (2001). Entorno al rol del “espejo”. Winnicott, Lacan, dos perspectivas. Montevideo: Biblioteca APU.
- Coll, A. (2001). Embarazo en la adolescencia ¿Cuál es el problema?. En S. D. Burak (Ed.), *Adolescencia y Juventud en América Latina* (pp. 425-455). Libro Universitario Regional: EULAC-GTZ.
- Correas, P. (1996). Ser madre y ser hijo en el marco de la maternidad adolescente. En D. Defey (Ed.), *Los bebés y sus padres en situaciones difíciles* (pp. 13-32). Montevideo: Editorial Roca Viva.
- Delval, J. (2002). El comienzo de las relaciones sociales: la madre. En J. Delval (Ed.), *El desarrollo humano* (pp. 179-209). Madrid: Siglo XXI de España Editores. S. A.
- Escobar, M. J. (2008). *Historia de los patrones de apego en madres adolescentes y su relación con el riesgo en la calidad del apego con sus hijos recién nacidos*. (Tesis de maestría). Universidad de Chile – Facultad de Ciencias Sociales, Santiago de Chile, Chile.
- Freire de Garbarino, M. & Maggi de Macedo, I. (1967). Embarazos durante la adolescencia. En M. Freire de Garbarino & I. Maggi de Macedo (Eds.), *Adolescencia II* (pp. 95-102). Montevideo: Editorial Roca Viva.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En Freud, S. (Ed.), *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. (1901-1905). VII.* (pp. 110-222). Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. En Freud, S. (Ed.), *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914 - 1916). XIV.* (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu editores S.A.

- Frioni de Ortega, M. (1990). Algunas reflexiones a partir del intento de suicidio de adolescentes. En M. Freire de Garbarino & I. Maggi de Macedo (Eds.), *Adolescencia* (pp. 269-287). Montevideo: Editorial Roca Viva.
- Garbarino, H. (1990). Problemas específicos de la adolescencia femenina. En M. Freire de Garbarino & I. Maggi de Macedo (Eds.), *Adolescencia* (pp. 133-143). Montevideo: Editorial Roca Viva.
- Giorgi, V. (1988). *Vínculo, marginalidad, salud mental*. Montevideo: Editorial Roca Viva.
- Guerra, V. (2009). Indicadores de intersubjetividad (0-2 años) en el desarrollo de la autonomía del bebe. *Primera Infancia: La Etapa Educativa de Mayor Relevancia*, 87-125.
- Kancyper, L. (2004). Adolescencia y confrontación generacional: los afectos y el poder. *Revista de APPIA*, N° 15, 92-114.
- Laplanche, J. & Pontalis, J.-B. (1981). Diccionario de psicoanálisis. Barcelona (29): LABOR, S. A.
- López Gómez, A. (coord.) (2015) Adolescencia y Sexualidad. INVESTIGACIÓN, ACCIONES Y POLÍTICA PÚBLICA EN URUGUAY (2005 – 2014). Montevideo: Facultad de Psicología, Universidad de la República; UNFPA.
- Maggi de Macedo, I. & Rodríguez Rega, Ma. C. (1990). La sexualidad femenina en el proceso adolescente. En M. Freire de Garbarino & I. Maggi de Macedo (Eds.), *Adolescencia* (pp. 311-321). Montevideo: Editorial Roca Viva.
- Nin, A. (2006). Juegos de vida - juegos de muerte en la adolescencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 103, 215-230.
- OMS. (s/f). Desarrollo en la adolescencia. Recuperado de: http://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/adolescence/dev/es/
- Ortiz, J., A., Borré, A., Carrillo, S., & Gutiérrez, G. (2006). Relación de apego en madres adolescentes y sus bebés canguro. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 38 (1), pp. 71-86.
- Peña, M. & Buchwald, M. (2011). La maternidad en la adolescencia: su dimensión subjetiva. En P. Alkolombe (Ed.), *Travesías del cuerpo femenino* (pp. 105-120). Buenos Aires: Letra Viva Editorial.

- Perrotta, G. (2012). Embarazo y maternidad en la adolescencia. *Revista electrónica de la facultad de psicología - UBA. Año 2 (4)*, pp. 14-16.
- Ponce de León, E. (2014). Maternidad en la adolescencia. Perspectiva social y psicoanalítica. Recuperado de: <http://www.codajic.org/sites/www.codajic.org/files/Maternidad%20en%20la%20Adolescencia%20.%20Ema%20Ponce%20de%20Le%C3%B3n%20Uruguay.pdf>
- Ponce de León, E. (2016). Parentalidad adolescente en contexto social crítico. En P. Alkolombre & C. Sé Holovko (Eds.). *Parentalidades y género. Su incidencia en la subjetividad*. (pp. 227-233). Buenos Aires: Letra Viva.
- Ramos, V. (2015). Consideraciones conceptuales: adolescencia, sexualidad y derechos. En López Gómez, A (coord.) (Ed.), *Adolescentes y sexualidad. Investigación, acciones y política pública en uruguay* (pp. 15-29). Montevideo: Facultad de Psicología, Universidad de la República; UNFPA.
- Sánchez Valencia, Y. A., Mendoza Tascon, L. A., Grisales López, M. B., Ceballos Molina, L. Y., Bustamante Farfan, J. C., Castañeda, E. M.,...Acuña Polo, M. E. (2013). Características poblacionales y factores asociados a embarazo en mujeres adolescentes de Tuluá, Colombia. *REV CHIL OBSTET GINECOL*, 78(1), 269 - 281.
- Scalozub, L. T. (2007). El protagonismo del cuerpo en la adolescencia. *Psicoanálisis*. XXIX (2), pp. 377-391.
- Stern, D. (1983). *La primera relación madre-hijo*. Madrid: Ediciones Morata, S. A.
- Ulriksen, M. (2005). Construcción de la subjetividad del niño. Algunas pautas para organizar una perspectiva. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (100), pp. 1-17.
- Varela, P, C. & Fostik, A. (2011). Maternidad adolescente en el Uruguay: ¿transición anticipada y precaria a la adultez? *Revista Latinoamericana de Población*. 5(8), pp. 115-140.
- Varela, C. & Lara, C. (2015). Producción nacional sociodemográfica sobre fecundidad, maternidad y paternidad en la adolescencia. En A. López Gómez (coord.) (Ed.), *Adolescentes y sexualidad. Investigación, acciones y política pública en uruguay* (pp. 55-87). Montevideo: Facultad de Psicología, Universidad de la República; UNFPA

- Videla, M. & Grieco, A. (1993). *Parir y nacer en el hospital*. Buenos Aires: Ediciones Nueva visión.
- Viñar, M. (1998). Hilflosigkeit Alucinar y Pensar. Alternativas al Desamparo. Una lectura de la Experiencia de Satisfacción. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. (67), pp. 1-12.
- Viñar, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce.
- Vives, R, J. & Lartigue de Vives, T. (1991). Vicisitudes de la identidad femenina en la maternidad precoz. *Revista de Psicoanálisis*, (4). pp. 767-776.
- Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Editorial Gedisa, S. A.
- Winnicott, D. W. (1979). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Editorial Laia, S. A.
- Winnicott, D. W. (1993). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires, Paidós.